



PERIÓDICO LITERARIO, RECREATIVO Y MORAL
DEDICADO AL BELLO SEXO.

PRECIOS DE SUSCRICION

o-Véase anuncio en la 4.ª plana-o

DIRECTORA:

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

PUNTOS DE SUSCRICION

o-Véase anuncio en la 4.ª plana-o

ADVERTENCIAS.

Rogamos á todos los señores suscritores se sirvan fijar su atencion en los nuevos precios de suscripcion, á fin de que no les sorprenda el pequeño aumento que en los recibos aparecerá desde el próximo mes de Junio: aumento que ha sido indispensable hacer, atendidas las grandes mejoras del periódico y las que seguirán haciéndose.

A todas las Señoras suscriptoras de Madrid que se sirvan manifestar el punto donde pasen á fijar su residencia durante el verano, se les remitirá el periódico sin aumento alguno.

SUMARIO.

La Madre, por Maria del Pilar Sinués.—*Nuestros nombres*, poesia por Graciella.—*El qué dirán*, por Gregoria Urbina y Miranda.—*Meditacion*, poesia por Blanca de Gassó.—*La emancipacion de la mujer por el cristianismo*, por Micaela Muñoz de Cabanillas.—*Jamás*, poesia por Emilia Calé de Quintero.—*Eufrasia*, historia de una pobre mujer, por Matilde Bourdon.—Charada.—Anuncios.

TIPOS FEMENINOS

LA MADRE

ARTÍCULO PRIMERO.

Si deseais hallar en la tierra algo que dé idea de la perfeccion divina, buscadlo en la madre.

Ferriz Villeda.

I.

Empiezo estos modestos estudios de los tipos femeninos por el que me parece el más grande, el más sublime de todos,

por el que creo que es la base de la familia, así como la familia es la base de la sociedad.

La madre es á mis ojos la figura más grande, más noble y más hermosa de la creacion; ella es la que anima, la que sostiene, la que consuela, la que sobre todo ama y perdona, que es la sublime mision de la mujer.

Puede el hombre atravesar por los huracanes de la vida; puede sufrir el choque de las pasiones y ser amargado por los desengaños; puede combatir cuerpo á cuerpo con los mayores peligros; puede ser extraviado por sus malas pasiones, y pervertido con el contacto del mundo; pero jamás se borrarán de su alma las primeras ideas, cuyo gérmen ha depositado en ella la mano piadosa de su buena madre.

De los pobres seres que no la tienen, han salido siempre los grandes criminales, y esos mónstruos de maldad, horror de la naturaleza.

Y decimos de los hijos sin madre en absoluto, porque puede estarse sin madre así moral como materialmente, pues hay mujeres que no merecen este nombre sagrado, aunque hayan dado á luz numerosos hijos.

Pero los ejemplos de madres desnaturalizadas son raros, y en cambio la historia nos los ofrece repetidísimos de heroísmo materno.

II.

La primera figura que se ofrece á nuestras miradas al empezar á distinguir los objetos, es la de nuestra madre, que se apoya en nuestra cuna y espía nuestra primera sonrisa.

Crecemos, y nuestra inteligencia se vá desenvolviendo,

mirándola velar nuestro sueño, escuchando el dulce cantar con que le arrulla, sintiendo en nuestra frente el dulce calor de sus besos.

¡Feliz la que ha conocido joven aún y hermosa á su madre!

La imagen que guarda de ella en su corazón, reúne la perfección física á la moral, y cualesquiera que sean las pruebas porque pase, halla su refugio en aquel recuerdo incomparable.

¿Pero cuándo una madre puede dejar de ser bella?

¡Jamás!

Ora la veamos con los cabellos blancos, ya estén vestidos con el matiz de oro ó de ébano de la juventud, la madre está siempre rodeada de una aureola de belleza y de poesía.

La amistad, el amor mismo nos engañan muchas veces; el amor paternal es también capaz de flaqueza y de olvido; solo el amor de la madre es infinito, como la clemencia del cielo.

Una madre es la figura más noble y más poética que la humanidad nos presenta.

María, Madre de Dios, es la personificación del amor tierno y sublime, que llega hasta la heroicidad.

La Virgen de Judá no es más que madre desde el instante en que el ángel le anuncia que ha concebido; su pensamiento, su corazón, su alma entera, está unida á su adorado Hijo: en él piensa á todas horas, y desde el día que le dá á luz, se consagra única y exclusivamente al cuidado de su infancia: síguele en su vida errante y trabajosa, oye su divina palabra confundida entre las gentes del pueblo, y llora, y siente, conmovida hondamente por el raudal de sabiduría que brota de los labios de aquel hombre, el más grande que ha nacido del seno de una mujer.

El suyo se enorgullece de haber abrigado á Jesús; su corazón palpita acelerado, sus mejillas se ponen encendidas, sus ojos están húmedos y brillantes; la Virgen divina deja el lugar á la madre que siente con su Hijo, que se arrebata a oírle, de amor y de entusiasmo.

Síguete más tarde en el curso de su dolorosa pasión, y le acompaña durante su prolongado martirio. ¿Qué dolores son comparables á los que sufre aquella madre, la más amorosa y tierna de cuantas han existido? ¿Qué tormentos pueden igualarse á los suyos?

¡La muerte es mil veces más dulce que aquella agonía prolongada, amarga, lenta, fría, por decirlo así, pues no tenía ni podía hallar consuelo en lo humano!

Vedla despues, sentada al pie de la cruz, sin lágrimas, y contraidas sus facciones por aquel mortal dolor, que despedaza su corazón. ¿Cómo aquella bella y delicada naturaleza pudo soportar tan acerbo martirio? Solo porque su mismo Hijo la impulsó la vida, haciéndola la Madre de todos los hombres en la persona del discípulo amado.

—¡He aquí á tu Madre! dijo al apóstol.

—¡He aquí á tu hijo! añadió dirigiéndose á María.

De esta suerte dió á la humanidad entera, el santo escudo del amor maternal.

III.

Cuán sublime es la misión de la madre!

Ella, es la que lleva el peso de todos los cuidados de la casa: ella, la que medita, la que se desvela para que cada uno de sus hijos, halle el bienestar, según su carácter y sus aspiraciones.

Aunque se halle dotada del organismo más exquisito y más poético, toma para sí las mil pequeñeces materiales que fatigan su espíritu, y que la hacen vegetar en las heladas regiones del positivismo; y como descanso de sus continuas fatigas se refugia en la religión, para orar, antes que por ella, por sus hijos, que son la parte más querida de sí misma.

No es al padre á quien se confían los sueños dolorosos, que á veces nos asombran, las ilusiones de un amor naciente, y las aspiraciones de gloria, que al dar los primeros pasos en la

senda de la juventud, se agitan en nuestro cerebro: ¡es á la madre! porque la madre, aun más que aconsejar, adivina, consuela, comparte nuestras esperanzas y llora nuestras decepciones.

Si por acaso la inteligencia de la madre no está al nivel de la de su hijo, siempre hay en ella bastante abnegación para comprenderlo así, y siempre halla recursos en su corazón para analizar y dirigir el pensamiento de su hijo.

Y si la madre posee elevado talento, ¡cuánto más grande es su sacrificio!

A la vez que madre es mujer, es decir, un ser sujeto á sueños ó ilusiones; un ser apasionado, sobre el cual ejercen una poderosa influencia los objetos exteriores, y que por lo mismo experimenta muchas veces una vaga tristeza, y cede con frecuencia á un profundo desaliento, que disimula heroicamente para animar y consolar á sus hijos.

¡Cuántas veces la madre tiene que combatir con su esposo, empeñado en contrariar la vocación de un hijo acerca de la carrera que ha de seguir, ó la inclinación amorosa de una hija!

¡Cómo suplica entonces!

¡Cómo emplea la doble elocuencia de su corazón y de su talento!

¡Qué inagotable es el manantial de su llanto!

¡Qué irresistibles argumentos encuentra!

¡Feliz aquel que ha hallado una madre inteligente y tierna apoyada en su cuna!

¡Feliz quien se apoya en este amor, el más santo, el más sublime de todos!

María del Pilar SINUES.

NUESTROS NOMBRES.

En una tarde de estío
Nuestros nombres escribí
En la arena junto al río,
Tu estabas al lado mío
Yo siempre cerca de tí.

Esos nombres que has trazado,
Dijiste, recordarán
El amor que hemos jurado;
Cual ahí los has grabado
En nuestras almas están.

Alcé la frente serena
Y en tu brazo reclinada
Dejé aquel sitio sin pena,
No pensando que es la arena
Por el viento arrebata.

Volví en la tarde siguiente
Nuestros nombres á buscar,
Uno encontré solamente;
El otro fué en la corriente
¡Sabe Dios dónde á parar!

El nombre que se borró
Por agua y viento deshecho
Era el mío; el que quedó,
El tuyo, que se grabó
Más que en la arena en mi pecho.

Después el agua inclemente
Borrar tu nombre intentó,
Y al ver mi dolor ferviente,
Variando su corriente
Compasiva se alejó.

Hoy al mirarte pasar
Indiferente á mi lado,
Te quisiera preguntar
Cómo has podido borrar
El amor que me has jurado.

Tras la perdida ilusion
Reina en mi alma la pena,
Llanto vierte el corazon,
Viendo que fué tu pasion
Como mi nombre en la arena.

GRACIELLA.

EL QUÉ DIRÁN.

A la señorita doña Carolina de Soto y Corro.

I.

La idea de la instruccion de la mujer, como principio de su *emancipacion*, tiene sus partidarios y sus detractores.

Unos la elevan con exceso y otros la deprimen hasta la *exageracion*.

En la *exageracion* no puede encontrarse jamás la verdad.

El siglo XIX, mezcla de grandezas y de debilidades, de vitalidad y de inercia, ha tenido para la mujer una gran proteccion, dando el primer paso en la senda difícilísima de su adelanto intelectual, con el propósito de elevarla al rango de los seres libres y superiores.

Pero la vida de la mujer española, sus costumbres tan arraigadas, la hacen de tal modo ajena al deseo de tener esa instruccion que se la facilita y esa libertad que se la ofrece, que *sin saber por qué* las rechaza.

La mujer española es eminentemente católica. Es decir, es religiosa por sentimientos y jamás se entromete en querer indagar el *por qué* de sus creencias. Su madre le hizo mamar con la leche la *fé*. Al mismo tiempo sus lábios pronunciaron el nombre de su padre y el de Dios, y amó a su familia y a su Creador, sólo porque se lo habian enseñado. Así ha sido dichosa y teme que esos conocimientos que la ofrecen para adquirir su libertad, no estén basados en la moral evangélica.

Además, ¿qué otra libertad puede desear si tiene la nobilísima de educar a sus hijos según su propio corazon?

—Con lo que sé me basta; os dirá si quereis inculcar nuevas ideas en su mente.

Tengo miedo a penetrar en ese camino desconocido para nuestros padres.

Hay que quitarle este temor.

Ese es nuestro propósito.

Primero le haremos ver, que la que busca el placer por fin de la vida, y cuando éste le falta se desespera y abate, ó va camino de la sepultura, consumida por mortal tristeza, no es más que un corazon egoista y frio, falto de energía moral para sobreponerse a las contrariedades de la existencia.

Cuanto más vivamos más dificultades tendremos que superar. La costumbre se fortifica con los actos, las pasiones crecen con la edad, los estorbos se multiplican con los años.

Natural es, que en nuestro paso hallemos escollos que nos hagan retroceder y nos contrarién; que las ilusiones pasen; que el dolor nos hiera; que el desengaño nos persiga; que la soledad nos rodee; pero, ¿no es tambien lógico que nos hagamos fuertes contra tanta desventura?

Esclavas de la sociedad en que vivimos, sucumbimos a veces a su crítica mordaz, ó temerosas a la calumnia nos recogemos en nuestra casa, y matando en germen nuestras buenas inclinaciones, *morimos sin haber hecho nada digno de elogio*.

¿Pero es digno, es loable, es meritorio este temor, que ni nos guarda de la calumnia, ni nos permite hacer *nada bueno*?

No, mil veces no. No es digno ni puede serlo. Es altamente censurable.

Alma fuerte es la que sólo tiene a Dios por juez, y desprecia, cuando de obrar bien se trata, el necio juicio del vulgo.

El que se *guta* por el *qué dirán*, yerra con harta frecuencia.

Piérdase la vida, lectora, antes que rendirla al capricho de una voluntad ajena.

Llegan las penas unas despues de otras, descargando en nuestro corazon golpes reiterados. No nos desesperemos por esto. Digamos como el Profeta Miqueas: «No te huelgues, enemiga mia, porque caí. Yo me levantaré.»

Conociendo que la vida de la mujer es tristísima y deseando sacarla de su abatimiento *enlazando el pasado con el presente*, nos hemos preguntado cuál es el camino real que conduce a estos dos términos: *libertad y catolicismo*.

Y todo nos dice: «*Aquel*, que conduce al Calvario; aquel, en cuyo fin hay una Cruz en la que se lee: «*Yo soy la luz*.»

Ved aquí, dónde voy a buscar la base de la instruccion, cuando de la mujer se trata. Ved aquí, el fundamento esencial para llegar a esa *libertad*, que en mi humilde opinion consiste, no en la emancipacion, sino en el desprecio al *qué dirán*.

Esta independencia de accion, es la que indudablemente dará realce a la mujer, hoy cohibida por las costumbres y por su propia timidez.

A la mujer española la distingue imaginacion lozana y capacidad intelectual poderosa; gran corazon y alma ardiente.

Nadie conoce como ella los goces puros de la familia.

Alguna sale de su centro habitual y se eleva por su inteligencia y por su pluma. La mayoría reciben una educacion superficial que les basta para desempeñar su papel en la sociedad que frecuentan.

Sometida la mujer a todos los dolores, sin poder ser jamás una *personalidad*; cada goce suyo es un *problema*, cada afeccion un *delirio*, cada ventaja una *utopia*.

Si se deja guiar por los generosos impulsos de su corazon, se la censura y se la llama *loca*.

Si superior a su propia debilidad, deja a un lado las costumbres rutinarias y merced a un estudio asiduo y penoso se eleva sobre su sexo, oireis decir: *que es una marisabidilla*.

¿Qué hará entonces esa pobre criatura si todo se la crítica? ¿Morir?

Jamás.

Vivir y trabajar.

Vivir con la vida ejemplar de la mujer cristiana.

Trabajar con la constancia de quien espera en la justicia de ese *Ser Altísimo*, que preside con su poder la naturaleza toda.

Y es bien seguro que el día que la mujer se decida a practicar el bien é instruirse sin temor al *qué dirán*, será aquel en que con justicia pueda decir: «desde el momento en que dejé a un lado las preocupaciones sociales, soy feliz.»

Elevar a la mujer y hacerla fuerte para la lucha, no será posible mientras no se decida a no tener otro juez superior a Dios.

No basta ser bueno y parecerlo. Hay que esperar que la sociedad quiera decir que lo somos, me decia un día una amable señorita.

¡Y la noble criatura que esto decia, era buena como los ángeles del Señor!

Habia amado y un amor la habia remontado al cielo; habia sufrido y el sufrimiento la habia santificado. Se habia visto calumniada y el dolor de la injuria la hizo fuerte. Desde entonces despreció el juicio de los hombres, que es hijo de las pasiones y del capricho, y tomó a Dios por juez único.

Es una falta grave, pero general en el día, juzgar mal a las personas, sólo porque lo que vemos no esté conforme con nuestro modo de pensar ó se salga de los límites de lo acostumbrado.

Generalmente las personas que se entretienen en quitar la honra y la fama a sus amigos, son aquellas que tienen graves faltas que cubrir y que *al verse manchadas, quieren manchar a las demás*. O bien, aquellas que no tienen más ocupacion que criticar lo que *no ven, ni comprenden*.

Deben seguirse los nobles impulsos del corazón, cuando se puede enjugar una lágrima, evitar una desgracia ó socorrer una necesidad.

La mujer que esto haga no será nunca digna de censura. Los necios la calumniarán; pero los espíritus rectos, las personas sensatas, la admirarán sinceramente y le tributarán sus respetos y sus elogios.

Gregoria Urbina MIRANDA.

MEDITACION.

En el solitario monte
De la noche en el misterio,
Sentada en la dura roca
Que presta descanso al cuerpo,
Leve apoyo en la rodilla
Hallando el brazo derecho,
Y la cansada cabeza
Sobre la mano cayendo,
Siento agitarse en mi alma
Un mundo de sentimiento
Que crece, que alienta y vive
Y que hace soñar despierto.

A mis piés gigantes árboles
Con suave movimiento,
Se agitan cual mar tranquila
Que arrulla mis gratos sueños.
Ténues cual la luz del alba
Y velados por el tiempo,
Pasar veo ante mis ojos
De mi vida los recuerdos,
Imágenes que sonríen
Y se van desvaneciendo
Sin que llegue á turbar una
De mi conciencia el sosiego.

Lejanos se oyen del mundo
Vagos, misteriosos ecos,
Que á mí llegan confundidos
Cual tristísimo concierto
De suspiros y canciones,
De risa y de llanto á un tiempo.

Mi espíritu vaga errante
Cual desamparado ciego:
Quiere recobrar su vista
Y entre sombras vuela incierto,
Ya gira triste en la tierra,
Ya se alza amante hasta el cielo;
Y ni el cielo ni la tierra
Calman su constante anhelo,
Que para la tierra es grande
Y para el cielo... es pequeño.

Blanca de GASSÓ.

LA EMANCIPACION DE LA MUJER

POR EL CRISTIANISMO.

ESTUDIO HISTÓRICO.

Cuando las densas tinieblas del gentilismo cubrían toda la haz de la tierra; cuando las águilas romanas extendían sus soberbias alas sobre casi todo el mundo conocido, entonces, mis queridas lectoras, la mujer vivía y moría esclava de hecho, fuera cual quisiera el escalon social en que la suerte la hubiera colocado al nacer.

Pobre y plebeya, pasaba su oscura y mísera existencia agobiada bajo el peso de su infortunio y su trabajo, sin un rayo de esperanza que alentara su esfuerzo, que la hiciera entrever en el porvenir un solo átomo de indemnización por todas aquellas penalidades presentes. Considerada en la casa muy poco más que un animal doméstico.

Rica y patricia, arrastraba por calles y plazas, por ther-

mas y espectáculos, su fastidio mortal, su aburrimiento eterno.

Si virgen consagrada al culto divino, su responsabilidad era tan grande, tantas y tan severas las leyes penales que pesaban sobre ella, que por el menor descuido, por la falta más leve, era azotada sin misericordia; y hasta enterrada viva si la falta era más grave.

Simple doncella, sus gracias juveniles, sus talentos si los tenía, sus virtudes, pasaba todo desapercibido sin premio ni alabanza; y hasta vendida por su padre como sierva podía ser, á despecho de su condicion libre.

Casada, la ley autorizaba al marido hastiado ó voluble, bajo el más frívolo pretexto, á darla un *libelo de repudio* que rompía definitivamente los efimeros lazos del matrimonio.

Jamás se la concedió el menor predominio sobre los hijos. Jamás se vió halagado su corazón por la preponderancia que hoy nos dá la augusta dignidad de *madre de familia*, título enteramente desconocido y exento de toda significacion en el lenguaje de los pueblos gentílicos.

Si cortesana, pasaba los contados días de su fugaz y vergonzoso reinado por entre las tumultuosas aclamaciones de los desocupados del Foro, ó por las ardientes voluptuosidades de la orgía, como un brillante y pasajero meteoro que no deja en pos de sí rastro ni huella.

Y finalmente; la mujer gentil, rica ó pobre, jóven ó anciana, sea cual fuese su estado ó condicion, nada figuraba en el mundo, apenas era algo en la familia, y hasta para heredar bienes que legítimamente la correspondieran, era preciso que se valiera de un tercero; especie de *fideicomisario* encargado de transmitir la herencia que una ley bárbara y absurda la impedía recibir directamente por sí misma: condenándola además, principalmente en Roma, á una perpétua tutela, que tanto doncella como casada, duraba el mismo tiempo que su vida.

Porque en aquel mundo pagano, en aquella Roma gentilica, en aquella sociedad primitiva, austera y semi-salvaje aún, la ley lo era todo: la familia no era nada.

Rómulo hizo morir á su hermano Remo por contravenir á la ley saltando por encima de las murallas de Roma; y algunos siglos más tarde y ya infinitamente más dulcificadas las costumbres, Junio Bruto, derramó la sangre de dos de sus hijas para hacer respetar la ley.

La *agnacion*, ó sea el lazo civil, lo era todo entonces: la *cognacion*, el lazo natural, no representaba al lado suyo nada absolutamente, como lo prueban los anteriores ejemplos.

El jefe de la familia, más que *padre* era el *amo* de ella.

Y esta costumbre de considerar á la mujer, como un sér aislado y reducido á sí mismo, que empezaba y concluía en su misma persona, casi, casi, como *una cosa*, esta costumbre, habia ido pasando desde las leyes á la práctica doméstica, acabando poco ménos que por destruir la significacion de los parentescos.

Entonces la mujer, privada de los goces íntimos que proporciona la vida de familia, sola y aislada en medio de aquel inmenso vacío que rodeaba su existencia, constantemente irritada por la injusticia de que era objeto, por aquella indiferencia de propios y extraños, y por la falta de consideracion social; sin un vislumbre de esperanza en un cielo que la era desconocido, y sin la menor idea de las virtudes que sirven de freno á las pasiones, convertíase con frecuencia en un sér raro, envidioso, irascible y vengativo, de cuyos furores y arrebatos no siempre se hallaban sus propios hijos á cubierto.

No era, pues, un espectáculo muy extraño ver á una de aquellas hermosas y elegantes matronas romanas, creadas por la naturaleza tiernas y delicadas como una preciosa flor de invernadero, ordenar al verdugo público y presenciar ella misma, la muerte á varazos de una mísera esclava, por haber hecho mal un rizo por haber preso un broche con poca gra-

cia, ó simplemente por deber á un capricho del azar una piel más blanca y más rosada, unos ojos más negros, ó una cintura más reducida y más flexible que los de la señora.

Y aquellas criaturas frágiles, mórbidas, de suaves contornos y miembros delicados, cuya única ocupacion consistia en adornar su persona con las más costosas galas, en ungir su cuerpo y en suavizar ó ennegrecer sus cabelleras con las aromas, ungüentos y cosméticos traídos á peso de oro de las tres partes del mundo, entonces conocidas, no se conmovian por los alaridos de la victima, ni por lo atroz del suplicio, ni por ver correr la sangre.

Micaela Muñoz de CAVANILLAS.

(Continuará.)

JAMÁS.

Volverá tras el rudo y triste invierno
Un tiempo halagador;
Entonará su canto dulce y tierno
Amante risueño.

Del benéfico sol, la eterna lumbre
Mostrará su esplendor,
Y los valles que adornan la alta cumbre
Se cubrirán de flor.

Brillará del relámpago en el cielo
El siniestro fulgor,
Y en breve lucirá diáfano velo
De azulado color.

Las olas alzarán fiero murmullo
Al chocar con furor,
Y volverán á su amoroso arrullo
Y á su grato rumor.

Buscando el corazon vana quimera
Miraré con ardor,
El bien y el mal, formando en su carrera
Vaiven consolador.

Más nunca volverá la paz del alma
Ni alivio á mi dolor,
Que por siempre, perdí, niña, la calma,
Cuando perdí tu amor.

Emilia Calé Torres de QUINTERO.

EUFRASIA

HISTORIA DE UNA POBRE MUJER

escrita en francés por Matilde Bourdon.

Y TRADUCIDA

por MARIA DEL FILAR SINUÉS DE MARCO

PRIMERA PARTE

La infancia.

I.

Roubaix, es hoy una de las glorias industriales de la Francia: de sus vastos talleres salen esas telas brillantes, esas lanillas casi tan bellas como la seda, de las cuales los dibujos y el gusto exquisito sobrepujan á todo lo que Inglaterra nos puede enviar.

Roubaix, da la regla de la moda, tanto como Lyon: más en Roubaix, como en Lyon, la más floreciente industria, no ha podido impedir la miseria más desoladora: el Pactolo de las aguas de oro, no fertiliza sus riberas. Roubaix, la ciudad negra, cubierta siempre por una capa de humo, es triste, hasta en sus barrios más hermosos: lo es con mayor razon en las calles tortuosas de la antigua ciudad, en los patios oscuros y profundos, donde vive la poblacion trabajadora: estos patios son tan mal sanos como innobles, á causa del agua es-

tancada que se ve en el centro de todos ellos, y de los harapos que cuelgan de las ventanas: las paredes destilan humedad, y se vé, en fin, en estos recintos la lepra incurable de la miseria y de la incuria.

En esos barrios viven las numerosas tribus de los hilanderos, tejedores, urdidores, rastrilladores, anudadores y peñeros, regimentados desde la infancia al servicio del vapor y de las máquinas de hierro, que peinan, hilan, cardan, tejen y brochan el algodón y la lana.

El sol y la alegría, no visitan jamás aquellos tristes lugares: la infancia crece sin risas y sin juegos; la juventud está encorbada bajo el peso del trabajo: el matrimonio está lleno de inquietudes y cuidados: la vejez aislada: y si la caridad no descendiese á esas tristes moradas, sus habitantes no conocerian ninguna de las bendiciones que Dios concede á los hombres.

No obstante, los salarios que reciben esas legiones de obreros, son bastante elevados: desde el niño hasta el anciano, todos ganan, todos son agentes del progreso material; pero la industria, tal como se la practica en nuestros dias, la industria que olvida á Dios y desprecia su ley, tiene alguna cosa de fatal: engendra el vicio, y el vicio engendra la miseria: el dinero ganado en esas labores automáticas, donde la inteligencia y el corazon se hielan, ese dinero estéril, se gasta en la taberna; la moneda que debía dar el pan, se metamorfosea en cerveza y en ginebra: el jefe de la familia y los hijos mayores, beben y se embrutece; la mujer, los ancianos y los pequeñuelos sufren y gimen, y las generaciones arrastran, sin poderse desenlazar de ella, la pesada cadena de la miseria sujeta á sus piés.

En uno de los barrios más sombríos y más pobres, se elevaba una casa alta, estrecha y negra, donde una multitud de familias vivian hacinadas y se disputaban el aire y la luz: desde la entrada, se sentia el que penetraba allí sofocado por un nauseabundo olor, en el que se combinaban los vapores de la legía, del carbon de piedra, y el hedor de las miserables cocinas establecidas en los mismos cuartos de dormir; las voces de los niños que jugaban y reñían, los vajidos de los pequeñuelos, los ladridos de los perros, el cacarear de las gallinas, se mezclaban al ruido monótono de las ruedas, y á los golpes regulares de los telares de los tejedores: los muros ennegrecidos destilaban agua; y la escalera, violenta espiral, á la que servia de pasamanos una cuerda, no conocia ni la escoba ni el cepillo.

Esta triste morada, formaba como una pirámide de miserias: en el patio le servia de base una misera tiendecilla de patatas, de pan negro, de baquetas y de bolas de billar.

A medida que se subia, la pobreza era más angustiosa: en el primero y segundo piso habitaban obreros sujetos á una escasez constante y hereditaria; y más arriba, vejetaban verdaderos mendigos: un ciego que imploraba la caridad á la puerta de las iglesias y dos barrenderas de las calles.

El piso tercero se componia de dos salitas ocupadas por una desgraciada familia: la primera de las dos estancias, era á la vez cocina, comedor, sala de recepcion y uno de los dormitorios del matrimonio Senechal: á causa de estos diversos destinos, reinaba en ella un desórden indescriptible: sobre una estufa del todo igual á las que hay en los cuerpos de guardias, y toda rota, cocia una marmita llena de patatas, cuyas mondaduras grises yacian por el suelo: encima de una mesa, se veian algunos platos desportillados, esperando á que una mano activa les lavase: sobre todas las sillas habia prendas de vestir en un estado deplorable: por el suelo estaban extendidos zapatos y zuecos de diversos tamaños: todos los muebles tenian una espesa capa de polvo: los vidrios de las ventanas rotos en mil partes, se sostenian por medio de tiras de papel, amarillentas por el tiempo: y en medio de aquella confusion, se agitaba una mujer, y se sofocaba sin adelantar nada; ocupábase en preparar la comida de su familia, comi-

da del domingo, aunque el traje de Arsenia Senechal, no indicase que había ido á la iglesia.

El atavío de aquella mujer, guardaba con el mobiliario, una perfecta y deplorable armonía: una chambre de lana oscura agujereada, una falda estrecha y deshilada, y un delantal de indiana, daban á esta mujer de obrero, á esta madre de familia, el aspecto de una mendiga de Callot, el gran pintor de los miserables: todavía era jóven: quizá su figura esbelta y delgada, su rostro delicado, sus cabellos de un rubio brillante, habían tenido su hora de lucimiento y de gracia efímera: mas ¡ay! qué lejos estaba aquella hora, y cómo la había reemplazado una temprana vejez!

El descuido, las arrugas, los ojos hundidos de aquella pobre criatura, revelaban una existencia de trabajo y de privaciones; su fisonomía, tenía una expresión singular, abrutada, idiota, llena de espanto; parecía que se hallaba bajo el peso de una amenaza continua, y que el temor, las querellas, los golpes quizá, habían apagado la débil parte que debía á la naturaleza de inteligencia y de iniciativa.

Entre las esclavas de la antigüedad amenazadas sin cesar del látigo, de las esposas, ó del tormento de los alfileres de oro, debían hallarse rostros como aquel, estupefactos por el miedo, encorvados y petrificados bajo el yugo: más al mirarla, causaba un profundo dolor, el pensar que se hallaba entre los cristianos.

En el fondo de la estancia, se divisaba un lecho, que cubría á medias un pedazo de indiana oscura, este lecho estaba siempre ocupado, lo mismo de día que de noche, en estío como en invierno, por una pobre mujer, madre de Santiago Senechal, que se hallaba atacada de una parálisis desde hacia muchos años; estaba sobre un miserable jergon, medio sentada, y sostenida la espalda por un almohadon de estopa; su cabeza recta é inflexible, la mirada triste y fija, oía y veía lo que pasaba en derredor suyo, pero se mezclaba rara vez en la conversacion, si así puede llamarse al cambio brutal de palabras que tenía lugar entre su familia.

Durante la semana, hacia calceta: ¡pero con cuánta lentitud y á costa de qué esfuerzos tan penosos! Esta labor tan poco productiva, tan abrumadora para su debilidad, era un último homenaje que rendía á la ley del trabajo: á esta ley que había llenado toda su vida.

Los domingos, no se ocupaba de nada, á lo menos exteriormente; rezaba, y sus dedos procuraban hacer pasar á cada Ave Maria, un grano del rosario, que rodeaba su brazo moreno y enflaquecido: para un observador, aquel brazo nervudo, aquellas manos anchas y fuertes, hubieran sido toda una revelación, y el rostro tostado, y las facciones enérgicas de la vieja Aldegunda, hubieran confirmado sus primeras observaciones.

Aquella mujer, no era una débil planta de la ciudad; el sol y el aire libre, habían bronceado su frente: niña, había conducido el rebaño á los prados: había manejado después la hoz de las espigadoras, y arrojado ágil y robusta los rubios haces en la carreta de la cosecha: sus manos, como las de la mujer fuerte, se habían ejercitado en las duras labores, y sus pulmones ensanchado, lejos de las fábricas con el aire salubre de los bosques y de los campos.

¿Por qué anciana y enferma, le eran negados el aire puro y el radiante sol, bienes que Dios reparte á todos sus hijos? ¡Ay! madre de un hijo único, que rehusó dedicarse á los trabajos del campo y á las sanas fatigas del labrador, le había seguido á la ciudad, y su triste existencia se deslizaba en medio de la miseria, de los disgustos, y de esos espectáculos de desórden, á los cuales su honrado corazón de aldeana no se podía acostumbrar.

Su nuera seguía agitándose, sin alcanzar á remediar, si no muy poco, el gran desórden del aposento: el fuego alimentado por un poco de leña húmeda no ardía, el agua de la cafetera no dejaba oír ese canto tan agradable á los pen-

sadores y á las amas de casa; nada se hacía, nada se preparaba, y el día llegaba á su mitad; las doce sonaron; no en el reloj de aquella habitación, pues jamás lo había tenido, sino en la péndola del vecino.

II.

Al oír el sonido de la campana, Aldegunda procuró unir sus manos, y dijo á media voz el *Angelus* en latín, y tal sin duda como se lo habían enseñado en época ya muy remota en la escuela de su aldea: después volviéndose hácia su nuera, le preguntó:

—¿Dónde está Eufrasia?

—Ha ido, respondió Arsenia, á buscar un pedazo de carne para la comida.

—¿Y la misa? preguntó la anciana con una voz triste.

—¡Para pensar en misas estamos! repuso aquella: vamos, abuela, Dios no hila tan delgado con los pobres como nosotros; que vayan los ricos á mascar sus rezos á la iglesia, después de tener bien lleno el estómago de manjares esquisitos: y rezad vos, que no sabéis qué hacer de vuestros diez dedos.

La pobre anciana suspiró; guardó silencio algunos instantes, y dijo después:

—¿Y crees tú, Arsenia, que las cosas no irían un poco mejor si rezaras tú también alguna vez?

—¡Eh! dejadme en paz! exclamó colérica Arsenia: ¿tengo yo acaso humor para oír vuestras sandeces? ¿No me sobra con la miseria á que me condena vuestro hijo, que no me trae ni la mitad del jornal de la semana? ¿No me sobra con lo que me queman la sangre ese alborotador de Juan y esa holgazana de Eufrasia? ¿Y qué tiene que ver Dios en todo esto? Ya no puede darme otro marido, y por más que esté diciéndolo *oremus* de la mañana á la noche, Santiago no dejará de ser un borracho, y un hombre sin corazón.

En tanto que Arsenia Senechal, hablaba así, una sombría cólera brillaba en sus ojos: la cólera del esclavo temeroso, que se subleva y se atreve á hablar alto solo cuando el dueño está lejos: la anciana abuela, estaba sin duda tristemente habituada á estas recriminaciones que tenían á su hijo por objeto, y que dejaban ver tanto odio hácia él, tanta indiferencia hácia los hijos, triste fruto de aquel triste matrimonio: sin duda que sabía cuán inútiles eran las réplicas, y cuán vanos los consejos, pues guardó silencio, y este no se interrumpió ya hasta la llegada de Eufrasia.

Tenía esta catorce años: era alta, y sus formas delgadas, como las de todos los niños que están creciendo, estaban además alteradas por una deplorable flacura: esta demacración y la falta de cuidado y de limpieza, no permitían juzgar de sus facciones; tal vez, en una posición ménos congajosa, hubiera parecido bonita: acaso si el peine hubiera alisado sus cabellos, que pendían en largos mechones, y si algunos cuidados delicados, hubieran realzado las gracias adolescentes de su figura, hubiera parecido encantadora: si un traje limpio, aun el más modesto, hubiera puesto de relieve su pobre persona, acaso hubiera sido fácil apercibirse de que tenía facciones regulares, aunque un poco gruesas: ojos oscuros, llenos de luz y de expresión, dientes blancos como las avellanas nuevas, y una cabellera espesa y negra, ruda y larga, como la cola de un jóven caballo.

En el cuadro de incuria y de miseria en que esta niña aparecía engastada con su vestido manchado, sus zapatos en chancala, su fisonomía atrevida y brusca, se la creía una triste personificación de la miseria y de la degradación que trae consigo; ningún sentimiento dulce ó afectuoso prestaba gracia á aquel jóven semblante. Eufrasia no había conocido ni la solicitud de una madre, ni la tierna gravedad de un padre, ni la dulce unión de la familia.

Habiase educado como había podido, un poco en casa de las vecinas, un poco en la escuela de las buenas hermanas, otro poco en la calle; había trabajado en la fábrica desde la

edad en que la fábrica había podido abrirse para ella: había conocido todos los dolores del trabajo, cuando todos los niños conocen únicamente la protección y el amor: habíase visto explotada á la edad en que debía ser amada solamente: se pedía un salario á aquellas pequeñas manos, que no hubieran debido dar más que caricias: así su corazón cerrado, no podía dar lo que no había recibido, y si tenía apego á su familia, si soportaba sin decir palabra las violencias de su padre, si ayudaba á su madre en lo que podía, si tenía para su hermano pequeño algunas palabras de afecto, es que Dios ha impreso su sello en los lazos de la familia, y que son precisas muchas decepciones para apagar la llama sagrada de los afectos naturales, y para romper las ligaduras invencibles que la misma sangre ha formado desde antes de nacer.

Una sola persona amaba á la pequeña Eufrosia: era su abuela que tenía para ella un corazón de madre, y que era á la vez severa y tierna, vigilante y afectuosa: mas la pobre anciana nada podía, y cualquiera que fuese el peligro á que esta niña estuviera abandonada, cualquiera que fuese el duro trato que se la infiriese, la abuela no podía ni abrirla, ni defenderla: un consejo, una caricia, era todo lo que podía darle, pues era solamente rica de una experiencia frecuentemente despreciada, de un afecto que á causa de la timidez que la ancianidad trae consigo, no se atrevía á manifestar.

—¿Por qué no has venido antes? dijo Arsenia á su hija: ¡si tu padre llegase ahora, estábamos bien! ¡nada está dispuesto!

—No hay que temer que venga, respondió la muchacha bruscamente; acabo de verle por las vidrieras del *Sol de Levante*, sentado á una mesa con siete u ocho tejedores.

—¡Ah, Dios mío! ¡qué desgracia! exclamó Arsenia: ¡allí se gastará el poco dinero que aun nos queda!

Eufrosia se encogió de hombros, y dijo con filosofía:

—¿No sucede siempre lo mismo? más vale que nos pongamos á comer: ya oigo los pasos de Juan que vuelve.

Juanito era anudador de los telares, y tenía la figura correspondiente á su mísero empleo: era pequeño, raquítico, y había una triste armonía entre su tez pajiza y terrosa, sus ojos de un gris pálido y sus cabellos de color de lino; el fuego de la vida no parecía arder en aquella débil criatura, vieja en la infancia, triste en la edad de la alegría, temeroso en la edad en que los demás se esplayan: aquel niño era triste y tímido, taciturno y vergonzoso cuando hacía algo bueno, brusco y desapacible cuando practicaba el mal, y aunque de un temperamento nervioso, se mostraba paciente hasta el estoicismo, en los sufrimientos y las privaciones, de los que el hábito le había hecho una segunda naturaleza.

Su madre le recibió con una mirada más afectuosa que la que había acogido á Eufrosia; Juan era su Benjamin: era el último de sus hijos, y se le parecía.

—Vén: siéntate y come, le dijo con cierta dulzura, y poniendo á su lado un pedazo de pan, y en su plato una buena ración de patatas, y un pedazo muy pequeño de carne de cerdo.

Eufrosia antes de llegar á su porción tomó la de su abuela, se la llevó al lecho y la ayudó para que la comiera: la pobre anciana rehusó su pedazo de carne y dijo á Eufrosia:

—Llévatelo, y dale un poco á Juanito: vosotros lo necesitáis más que yo; comedle entre los dos.

Arsenia oyó estas palabras, aunque habían sido pronunciadas en voz baja; y no queriendo perder aquella bella ocasión de quejarse y de acriminar, dijo ásperamente:

—¡Siempre os habeis de meter en lo que no os importa, abuela! ya se comprende que os gustaría más el buen caldo y la vaca: pero la culpa es de vuestro hijo, que es tan duro para los demás como tierno para sí mismo: cuanto más bebe el hombre, tanto menos comen la mujer y los hijos: ¿digo mal, exclamó encolerizándose con sus propias palabras, ó es que vais ahora segun es costumbre en vos á defender á vuestro hijo?

—Yo no digo nada, repuso Aldegunda: no defiende á Santiago porque ya sé que no se porta como debiera: pero tú, Arsenia, harías mejor en no hablar así del padre en presencia de sus hijos.

—¡Como si ellos ignorasen lo que su padre es! repuso Arsenia con desprecio: vamos, Juan, no te comas todo lo que resta ahí: es preciso dejar un poco, por si al oso le da la gana de pedirlo cuando vuelva... si obedeces te llevaré á casa de tu madrina, que te dará una tostada y un poco de café.

—Vamos allá, dijo Juan muy contento: pero ¿y Eufrosia, no viene también?

—No quiero salir, respondió bruscamente la muchacha: ¿acaso me atrevería á salir á estas horas á la calle, vestida como estoy?

—Es preciso que digas eso á tu padre, hija mía, dijo Arsenia: demasiado sé que es muy triste el trabajar incesantemente, y no tener un vestido, ni un chal limpio para los domingos; pero lo que Juan y tú ganais, no es bastante para vivir, y era preciso que tu padre diese algo de sus jornales; díselo tú para ver si puedes conseguir algo: yo no me atrevo.

Hablando así Arsenia, andaba de un lado para otro, recogía la mesa y ponía un poco de orden en la habitación; después, cubriendo con un viejo chal negro su miserable traje, salió llevando á su hijo de la mano.

Aldegunda y Eufrosia quedaron solas.

La niña fué á sentarse cerca de la ventana y dirigió á la calle una mirada triste: el sol de Julio penetraba hasta en aquel barrio solitario, hasta en aquel callejón sombrío y oscuro y lo llenaba de calor y de claridad.

Ni los perfumes, ni la luz, tienen miedo en su espléndido candor de mancharse al contacto de los andrajos.

Todo parecía bañado de alegría: las jóvenes vecinas, ataviadas con sus trajes de fiesta, charlaban en los umbrales de las puertas, los niños, lavados y peinados, esperaban muy serios que les llevasen á paseo; un viejo trabajador y su mujer se iban asidos del brazo hablando amigablemente: Filemon y Baucis de los talleres, estaban contentos con solo calentarse al sol y con poder contemplar el cielo azul; las campanas de vísperas sonaban alegres y graves á la vez, y se veían pasar grupos á la iglesia; los espléndidos carruajes se deslizaban por el pavimento y llevaban á la campiña á las familias opulentas. Eufrosia veía pasar como en un sueño aquellos trenes deslumbradores, aquellas jóvenes con vestidos blancos y color de rosa, sentadas al lado ó enfrente de su padre y su madre.

Cada cual se aprovechaba del domingo para su placer, para su reposo, para su piedad, que es á la vez un reposo y un placer; cada uno olvidaba los cuidados de la semana y la alegría de los vestidos representaba fielmente la de los corazones.

(Se continuará.)

CHARADA.

Es artículo *segunda*,
Signo musical *primera*,
El todo nombra mujer
Y varias notas *tercera*.

E. H.

La solución en el próximo número.

Se insertarán los nombres de los Señores suscritores que nos remitan la solución.

SECCION DE ANUNCIOS.

NO MAS CALLOS

VER Y CREER.

La Escofina-losada los destruye en un minuto sin hacer daño; dura de 1 á 2 años y se venden á 2 y á 4 reales.
Aquino cabe engaño, pues se puede devolver á las 24 horas si no satisface.
Central, Silva, 8, prai. Rebaja al comercio.

PEDRO ESCUDERO, sastre. — Plaza del Angel, núm. 15, frente á la calle de Espoz y Mina, Madrid. — Especialidad en trajes para niños.

NIÑOS ENFERMOS. — La dentición difícil y las lombrices — Hé aquí los dos enemigos mortales de la infancia. — Toda madre que observe en sus niños de pecho la retirada de la baba, sucia verde, vómitos, horror al pecho, erupciones, gases, fuego de las encías, diarrea, hervor de garganta, vista triste, etc., los salvará en días y á VECES EN HORAS con la DENTORINA YARTO.

Caja. 12 reales.
Por correo. 14 "

Las lombrices se destierran con la YARTINA, (caja de 4 y 8 reales), que es el terror de los vermes y el único vermífugo que se usa hoy en toda España. LA YARTINA Y DENTORINA YARTO son LOS DOS SALVA-VIDAS DE LA INFANCIA.

Pídanse por carta ó telégrafo á Yarto Monzon, Herradores, 45 y 6. — Madrid.

MONLEON, proveedor de la real casa. — ¿Queréis tomar thé, chocolate y café puro? — 36, Jacometrezo, 58 — Sucursal, 82 Hortaleza, 82.

GRANDES ALMACENES DEL

LOUVRE

R. Yturbe y C.^a

2 — FUENCARRAL — 2

EQUIPOS PARA NOVIAS desde 2 000 rs.

Canastillas para recién nacidos desde 500 rs.

AJUALES DE CASA.

DOTES

para colegiales de ambos sexos.

ROPA BLANCA

confeccionada en los grandes obradores de la casa.

LIENZOS

DE TODAS CLASES Y ANCHOS

MANTELERIAS de granito y adamascadas
CORTINAJES

ARTICULOS DE PUNTO extranjeros

Prontitud y esmero para encargos de confección, letras y bordados, encajes, tiras y entredoses.

EL LOUVRE

2 — Fuencarral — 2

MECÁNICO.

ÚNICA CASA AUTORIZADA POR EL GOBIERNO.

Especial para componer máquinas de coser.

12, CARMEN, 12.

PELUQUERIA Y PERFUMERIA

DE

PEDRO FERNANDEZ PUIG,

Proveedor de la Real casa.

Este establecimiento es el primero en su clase en presentar los más nuevos modelos de peinados y postizos de más aceptación en París. En la actualidad podemos ofrecer á las señoras varias formas de los elegantes y cómodos POUF, PAPILLON. — Artículos de Perfumeria de los fabricantes más acreditados ingleses, alemanes y franceses. — Tinturas inofensivas para teñir los cabellos, garantizados. — Blancos para la cara. — Objetos de marfil y concha.

9 — CORREDERA BAJA — 9

A LA MARTA DEL CANADÁ

Peletería, fábrica de plumeros y artículos para limpiar; esponjas, gamuzas y agua podrida para limpiar metales.

Único depósito en Madrid de los inmejorables plumeros norteamericanos, recomendables por su mucha duración y economía.

36 y 38 — Mayor — 36 y 38

Se encarga de la conservación de la pieles durante el verano.

PERFUMERIA FRERA

FUNDADA EN 1850

1 CARMEN 1

TINTURA SIN IGUAL.

Del Dr. Bernet de Bayona.

Es la mejor tintura progresiva que se conoce. No mancha ni la ropa ni la piel, y evita la caspa y otras enfermedades en la cabeza.

Su uso es sumamente sencillo, pudiéndose dar con la mano como un aceite ó brillantina cuyo empleo suple. — Precio, 5 pesetas franco.

Considérese ilegítimo todo frasco que no lleve en la caja: — Depósito único por mayor en España.

PERFUMERIA HIGIÉNICA DE FRERA, Carmen, núm. 1, Madrid.



FLORES Y PERLAS

PERIODICO LITERARIO, RECREATIVO Y MORAL
DEDICADO AL BELLO SEXO.

DIRECTORA-Maria del Pilar Sinués de Marco

Este Semanario, único de su género en España, ha logrado en los pocos meses de su publicación, un desenvolvimiento tan envidiable, que la Empresa dispuesta á no omitir sacrificio alguno para hacerla digna de competir con las mejores que ven la luz en otros países, no ha vacilado en aumentar su tamaño.

Constará, por consiguiente, de 8 páginas en vez de 4, y seguirá publicándose todos los jueves, con la colaboración exclusiva de las más distinguidas escritoras.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En toda España. 2 pesetas trimestre.

Ultramar y extranjero. 5 " " "

La suscripción empieza en 1.º de cada mes. — Número corriente, 25 céntimos. — Atrasado, una peseta. — Pago siempre adelantado.

Para suscripciones, pedidos y reclamaciones, dirigirse al Administrador D. Ambrosio Barba-roja, calle de Jesús y María, n.º 14, bajo. — MADRID.

VIETA. — Dentistas americanos. — Espoz y Mina, 1.

D. R. GOÑI. — Especialista en las vías urinarias y matriz. — Montera, 5, segundo.

SEBASTIAN Y MEDEL — Casa dedicada especialmente á la venta de JUGUETES. Es recomendable por sus inmensos surtidos, buen gusto y economía en los precios.

Tiene además gran variedad de artículos en BISUTERIA y QUINCALLA, y vende á precio fijo. — Arenal, 24.

Se desea una señora de compañía que tenga pension. — Darán razón en la Administración de este periódico

DOCTOR TORRES, homeópata. — Único de su sistema establecido como especialista. — Cura todas las afecciones sifilíticas sin operar. — Consulta, de 2 á 4. — Olivo, 54, 3.º — Asiste á domicilio.



TODOS LOS MODELOS

10 REALES SEMANALES
sin mas anticipo.

10 por 100 de descuento
al contado.

HILOS DE ALGODON,
TORZALES DE SEDA,
AGUJAS,
ACEITE,
PIEZAS SUELTAS
y accesorios para toda clase de costura.

CASAS PARA LA VENTA.

MADRID { Carretas, 35.
Fuencarral, 50.
Toledo, 68.
Serrano, 33.

Y en todas las capitales de provincia.

Para evitar falsificaciones, exíjanse en las facturas las palabras
MÁQUINA LEGÍTIMA
de LA COMPAÑIA FABRIL SINGER

Pídanse Catálogos ilustrados,
con listas de precios.